6796

EDUARDO HARO y JOAQUIN AZNAR

EL MARIDO IDEAL

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by E. Haro y J. Aznar, 1917

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

A mi querido y viejo amigo Ricardo Lierz Carmedo, con la amistad de Juan Hano
9 abril 1920.

EL MARIDO IDEAL

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MARIDO IDEAL

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

EDUARDO HARO y JOAQUIN AZNAR

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 13 de Octubre de 1917

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NUMERO 551
1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MATILDE SUÁREZ.....	SRA. BANQUER (M.)
DOÑA VICTORIA.....	VALLS.
CHUNGA.....	ORTIZ.
BLANCA.....	BANQUER (C.)
LOLA.....	SRTA. LLORENTE.
PACITA.....	ROIG.
CAROLA.....	SUÁREZ.
ANITA.....	SRA. TORRES.
SOTERO.....	LUIS DE LLANO.
ENRIQUE.....	SR. VILLARREAL.
EL GENERAL.....	RAUSELL.
DON PÍO.....	AGUIRRE.
UN PINTOR.....	NAVARRO.
SEPÚLVEDA.....	EMILIO DÍAZ.
EL OFICIAL 2.º.....	SR. LLANO (M.)
IDEM 3.º.....	TORRECILLA.
EL TEMPORERO..	SÁNCHEZ PARÍS.
DON ANTONIO.....	CASTRO.
ROQUE.....	SÁNCHEZ BORT.
NEMESIO.....	SÁNCHEZ PARÍS.
EL FONDISTA	AGUIRRE.
DOMINGO.....	SÁNCHEZ PARÍS.
UN MOZO.....	FERRÉ.

La acción del primer acto en Madrid; la del segundo en Tomillares y la del tercero en Barcelona.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

669084

La excelente interpretación que la notable compañía Plana-Llano ha dado a este juguete cómico, nos obliga a testimoniar nuestra gratitud a cuantos artistas han tomado parte en él, y muy especialmente al graciosísimo Luis de Llano que ha hecho de su *tipo* una verdadera creación.

Los Autores.

ACTO PRIMERO

Gabinete elegante en casa de Matilde Suárez. A la derecha una puerta que comunica con la antesala. A la izquierda dos puertas que comunican con las demás habitaciones de la casa. Entre ambas, un pequeño «secretaire».

ESCENA PRIMERA

ANITA sola, cantando

MAT. (Dentro.) ¡Chist!... Silencio, Anita.

ANITA (Tapándose la boca.) Ya no me acordaba de que tengo que estar triste. ¡Qué cabeza!... (Suena un timbre.) Alguna visita de pésame... Todo el día recibiendo gente y dedicando elogios al difunto. ¡Pobre señor! Ha tenido que morirse para que todo el mundo reconozca que era una buena persona. (Suena otra vez el timbre.) Voy, voy corriendo. (Sale por la derecha.)

ESCENA II

ANITA y un PINTOR por la derecha

ANITA (Entrando, seguida del Pintor.) Pase usted... por aquí... Cuidado con el cuadro; está tan obscura la antesala...

PINTOR (Tipo de artista joven y derrotado, con un cuadro de tamaño regular debajo del brazo.) ¡Oh, la obscuridad!... Para mí no existe la obscuridad. Llevo la luz del mediodía impresionada en la retina... Los artistas somos amantes de la

luz, avaros de la luz, esclavos de la luz. (Indicando con los dedos que la luz a que se refiere son «las pesetas».)

ANITA Con su permiso, voy a avisar a la señora.

PINTOR ¡Ah, la pobre viuda que ha visto truncado el dulce idilio de sus venturosos amores! Un momento, simpática fámula, un momento. La opinión de una criada con respecto a un retrato de su señorito, es muy valiosa, porque nadie mejor que una criada conoce a su señorito... (Coloca el lienzo, que tiene marco, sobre una silla, apoyado en el respaldo, y arranca el papel que lo cubre, dejando al descubierto el retrato al óleo de un señor de unos sesenta años, muy coloradito, con uniforme de Jefe de Administración civil, varias cruces y el collar de Carlos III.) ¿Eh?... ¿Qué tal?...

ANITA Magnífico; parece que está pidiéndome el chocolate. (Acercándose al retrato.) ¡Pobre señor!

PINTOR No se aproxime. Está fresco. De lo vivo a lo pintado hay alguna diferencia. Usted extrañará... Al fin es usted una profana... Es la primera vez que ve usted a su señorito pintado...

ANITA Sí, sí, la primera vez. y se pintaba todos los días... Diga usted, ¿de qué es ese uniforme?

PINTOR No se aproxime. Está fresco. El uniforme es de Jefe de Administración civil de tercera con honores de segunda. Ahora, simpática doncella, puede avisar a la señora.

ANITA Con su permiso.

PINTOR (Mirando de reojo a la criada.) ¡Qué buenas formas tiene esta muchacha!

ANITA ¿Decía usted?...

PINTOR Era el Arte el que hablaba, preciosa doméstica...

ANITA ¡Ah, ya!... (Sale por la izquierda, y al momento anuncia desde la puerta.) La señora.

(El Pintor espera al lado del retrato en actitud gallarda.)

ESCENA III

DICHOS y MATILDE por la izquierda

PINTOR (Haciendo una reverencia.) ¡Señora!... He aquí mi obra; el retrato de su difunto esposo, que en paz descanse.

MAT. Realmente ha hecho usted una obra muy bella.

ANITA ¿Verdad, señorita, que parece que está hablando?

MAT. ¡Pobre Juan! ¡Pobre esposo mío! (Llora por compromiso.)

ANITA No se aflija usted, señorita.

PINTOR ¡Valor, señora! Si quiere usted besarle, bésele en la casaca; no ponga usted sus labios en el rostro: está fresco.

MAT. Ha sacado usted todo el partido posible; le felicito sinceramente. Sólo tiene a mi modo de ver un defecto: el color escarlata de los carrillos. Parece que está sofocado.

PINTOR Y lo está. El uniforme da calor, sofoca; hay que ser realista.

MAT. Habrá que pensar en la colocación. Quiero que esté en un sitio principal, que se vea bien, que pueda yo estarle mirando siempre.. ¡Pobre Juan! (Llora.)

ANITA Vamos, señorita...

MAT. ¿Le parece a usted que lo coloquemos aquí? (A la izquierda, enfrente de la puerta.)

PINTOR Ahí tiene mala luz. Opino que debemos colocarlo aquí. (Sobre la chimenea.)

ANITA Muy bien; es el mejor sitio. (Se sube sobre una silla y lo cuelga.) ¡Magnífico!

MAT. Voy a abonar a usted el precio estipulado. (Saca del «secretaire» algunos billetes de Banco.)

PINTOR (Alargando la mano.) ¡Oh, señora, no corre prisa!...

MAT. Doscientas cincuenta pesetas...

PINTOR Muy reconocido, señora... Si para algún otro trabajo me necesita...

MAT. Ahora, no; ya veremos más adelante. Déjeme las señas de su casa.

PINTOR ¿Las señas de mi casa? Me mudo con frecuencia, señora. Los artistas tenemos el espíritu inquieto. Ayer vivía en la Castellana y hoy duermo en la Plaza de Oriente; mañana... ¡quién sabe!... Señora, a sus piés...

MAT. Usted lo sabe bien.

PINTOR Acompaño a usted en el sentimiento. Ah, no le pasen el plumero: está fresco. (Sale, seguido de Anita que vuelve en seguida.)

ESCENA IV

MATILDE y ANITA

MAT. ¡Gracias a Dios! Estoy aturdida.

ANITA ¿No le parece a usted, señorita, que es un *fresco?*

MAT. Es una devanadera. ¡Jesús, qué mareada estoy! (Se deja caer en una butaca.)

ANITA Así no puede usted seguir, señorita. Todo el día metida en casa; toda la tarde recibiendo visitas de pésame; son demasiadas emociones. Y por si fuera poco, hoy ha tenido usted la impresión de ver al señorito, que en paz descanse, vestido de gran gala.

MAT. Tienes razón, Anita. Realmente me he impresionado.

ANITA Como que el retratito está para impresionar a cualquiera.

MAT. (Estremeciéndose.) ¡Qué nerviosa estoy!

ANITA ¿Quiere la señorita que le haga una taza de tila?

MAT. No, no quiero nada. (Aparte.) Si ese hombre viene hoy mismo, como dice en su carta, y me encuentra sola; si se ha enterado de mi viudez... (Dando un salto en la butaca en que está reclinada.) Tengo los nervios de punta. (A Anita.) ¿Me dijiste que el mismo don Sotero recibió el aviso?

ANITA Sí, señora: don Sotero en persona. Le dice que viniera en seguida, que necesitaba usted verle, que le estaba usted esperando impaciente. Es extraño que no esté ya aquí.

MAT. Es un hombre desesperante. No se inmuta por nada; no sale de su paso ocurra lo que ocurra.

ANITA ¿No ve usted, señorita, que don Sotero es un hombre que hace siempre su santísima voluntad, sin que nadie se lo estorbe? Por eso no quiere casarse.

MAT. (Aparte, hablando consigo.) Lo dice en la carta con una seguridad que no deja lugar a dudas. (Alto.) ¡Pícaros nervios! (Vuelve a estremecerse.)

ANITA Yo creo, señorita, que cuanto antes salga-

mos de Madrid será mejor. La vida de campo le probará a usted muy bien.

MAT. Sí, sí, necesito salir de Madrid, y salir lo antes posible. El hotel que viene anunciado en *El Imparcial* debe convenirme. «Hotel espacioso, en pueblo próximo a Madrid...» ¿Llevaste mi carta a las señas que indica el anuncio?

ANITA Se la entregué a un señor que parece un loro. La leyó y me dijo que él mismo vendría a tratar con la señora. Ese señor debe ser el dueño y, por lo visto desea enterarse de qué clase de gente quiere alquilarlo.

(Suena el timbre.)

MAT. (Muy nerviosa.) Dios mío, ¿será él?

ANITA Este es don Sotero. (Sale derecha.)

MAT. (Acercándose a la lateral derecha.) ¡Sí, será él, debe ser él!

(Anita entra de pronto y Matilde retrocede asustada, nerviosa.)

ANITA Señorita, son cuatro señores enlutados; son de la oficina del señor, que en paz descanse.

MAT. Que pasen esos señores. (Sentándose.) ¡Qué fastidio! Otros que vienen a acompañarme en el sentimiento.

ANITA (Levantando el portier.) Tengan ustedes la bondad de pasar. (Sale derecha.)

ESCENA V

MATILDE, SEPÚLVEDA, OFICIAL 2.°, OFICIAL 3.° y TEMPORERO. Estos cuatro personajes visten de levita negra y llevan guantes de igual color. Todos dejan el sombrero sobre el «secretaire»

MAT. Tengan ustedes la bondad de sentarse.

(Se sientan, muy estirados, formando una línea en primer término. Todos ponen cara compungida.)

SEP. Comprendo, señora, que nuestra presencia turbará su espíritu recordándole...

MAT. (Muy afectada.) ¿Son ustedes compañeros de mi pobre Juan?...

SEP. (Enfático, pausado, oyéndose hablar.) Compañero, yo, señora. Los señores, aunque también tienen su categoría, son subalternos. Pero *todos*, *saludables* amigos de su difunto esposo, a quien *todos* queríamos y respetábamos,

porque más que compañeros en Hacienda, éramos *todos* verdaderos hermanos.

MAT. Gracias. (¡Insoportable!)

SEP. (Se estira los puños, que asoman una cuarta, los subalternos le imitan.) En estos momentos... tristes momentos... dolorosos momentos... (Rotundo.) ¡agobiadores momentos!... (Mira un instante a los demás que asienten.) la resignación es un bálsamo *sacrosanto* que ci... ca... tri.. za... rá, sí, las heridas del alma. (Aparte.) ¡La viuda es interesantísima!

MAT. (Indiferente.) ¿Estaban ustedes en el mismo negociado?

SEP. Tabique *de* por medio.

OFIC. 2.º Su señor marido tenía las «Cuentas corrientes» y unos servidores tenemos las «Cuentas atrasadas».

OFIC. 3.º (Al Temporero.) Bastante atrasadas.

TEM. Atrasadísimas.

MAT. Mi marido me habló de ustedes muchas veces; creo que son ustedes de quienes me hablaba.

SEP. Seguramente. Nuestras relaciones oficiales nos tenían en continuo contacto. Todos los expedientes pasaban primero por sus manos y luego por las mías. El me ponía el *visto* y yo a él le *estampillaba*.

TEM. ¡Pobre señor Paniagua! Tan puntual...

OFIC. 2.º Tan minucioso...

OFIC. 3.º Y tan probo...

SEP. Dignísimo. Treinta y cuatro años escribiendo minutas y no hay en su vida un sólo borrón (Pausa.) El pobre parecía que estaba temiendo la pulmonía. La tenía tomada con la mampara de la puerta. «La mampara—decía—es un abanico que nos va a dar un disgusto.» Y encargó a éste, al señor Novillo, (Por el Oficial 2.º que inclina la cabeza.) que escribiese con letra gótica un cartel: «Sírvase usted cerrar la mampara muy despacio.» ¡Qué talento de hombre! ¡Qué detalles! ¡No se le escapaba nada!

TEM. ¡Las broncas que me tenía echadas! Yo le quería por eso precisamente.

MAT. En el fondo, mi marido, no era malo.

SEP. Señora, por Dios. Ni en el fondo ni en la *superficie*. Era un santo. Hoy lloramos todos su pérdida, que es bien sensible para la pa-

tria y para el negociado. Le lloraremos mucho. (Se enjuga unas lágrimas con el pañuelo; los demás hacen lo mismo y el Temporero saca el pañuelo y se limpia la frente.)

MAT. (Aparte.) No me faltaba más que esto. (Estremeciéndose.) ¡Oh, estos nervios me martirizan!

SEP. Está usted nerviosa; claro, es natural... Nosotros, una vez cumplido nuestro deber, nuestro triste deber, nos retiramos... Resignación, resignación y... nada más que resignación.

MAT. ¿No han visto ustedes el último retrato de mi pobre Juan?

SEP. (Por el cuadro.) ¡El retrato *póstumo* del pobre Paniagua!

(Todos se levantan y van a mirar el cuadro.)

OFIC. 3.º ¡Está exactísimo!

TEM. ¡Está *clavado!*

SEP. Pero aquí falta algo. (Todos miran el cuadro a ver qué es lo que falta.) Aquí falta que le pongamos una corona de laurel. Una corona que corone la obra del pintor. ¿No les parece, señores?

OFIC. 2.º ¡Una idea muy grande!

SEP. Señora, dentro de poco volveremos con la corona. No olvide usted que Paniagua y yo nos quisimos noblemente... Acompaño a usted en su justo dolor.

OFIC. 2.º Lo mismo digo.

OFIC. 3.º *Repito.*

TEM. *Con mucho gusto.*

(Matilde se dirige hacia una puerta de la lateral izquierda y desde allí saluda con una inclinación de cabeza.)

MAT. (Haciendo mutis.) ¡Inaguantables!

(Sepúlveda y los Empleados cogen los sombreros cambiados y se los pasan unos a otros haciendo verdaderos juegos malabares hasta que dan con el suyo. Al salir por la derecha se encuentran con Sotero que entra.)

ESCENA VI

SOTERO, solo

(Haciendo reverencias.) Beso a ustedes las manos... Servidor de ustedes... ¿Quiénes serán estos calamares? (Pausa.) Matildita me ha

mandado dos avisos urgentes y no he querido que llegase el tercero. ¿Qué querrá de mí?... ¡Misteriosas mujeres!... Siempre incomprensibles, siempre enigmáticas, siempre jeroglíficas... Lo he dejado todo, incluso mi partida de dominó, y me he apresurado a venir. Pero ¡cuánto molestan las mujeres!... Y si molestan fuera de nuestra casa, horroriza pensar lo que torturarán dentro del domicilio. Por eso no he pasado ni pasaré. Antes que el matrimonio, la muerte. (Fijándose en el retrato.) ¡Hombre!... El retrato del pobre Juan!... Está muy bien... Y cuánta cruz le han puesto... ¡Pobre amigo!... Hoy hace quince días que jugamos la última partida de dominó...

ESCENA VII

SOTERO y MATILDE

MAT. (Por la izquierda.) ¿Usted aquí, don Sotero, y yo sin saber que había usted venido?

SOT. Recibí un recado urgente, urgentísimo, y me he apresurado...

MAT. Sí, don Sotero, necesitaba que viniera usted en seguida.

SOT. ¡Caracoles! Me pone usted en cuidado.

MAT. Mi situacion, en estos momentos, es muy comprometida.

SOT. ¿Pero qué es lo que le ocurre a usted, Matilde?

MAT. Usted sabe cómo me ha dejado mi marido...

SOT. Hombre, no lo sé, pero me lo figuro... ¡Quién había de decirlo, eh!... Salir con eso a última hora...

MAT. Me ha dejado desamparada; ahora que es cuando más falta me hacía...

SOT. Desamparada, no está usted, Matilde. Yo seré padrino de lo que nazca.

MAT. ¿Pero qué disparates está usted diciendo?

SOT. ¿Cómo disparates?

MAT. Vamos a ver si nos entendemos, y vaya una pregunta por delante. ¿Está usted dispuesto a que sea ultrajada la memoria de aquel gran amigo de usted que se llamó Juan Paniagua?

SOT. Señora, por la memoria de su difunto esposo estoy dispuesto a todo. Treinta años de cordialísima amistad obligan a mucho. En los treinta años sólo me dió un disgusto: casarse.

MAT. Muchas gracias.

SOT. Soy franco y digo lo que siento... Ya sabe usted, Matilde, que el matrimonio me parece una monstruosidad.

MAT. Sí, sí, lo de todos los camastrones, y luego, el día menos pensado, caerá usted con la cocinera.

SOT. Yo no sé si la cocinera caerá conmigo, pero lo que es yo con la cocinera, no caigo. Pero, ¿quiere usted decirme a qué he venido aquí? Porque continúo sin saber nada.

MAT. Yo tuve un novio, don Sotero.

SOT. ¡Caramba! ¿En vida de Juan?

MAT. Antes de conocer a Juan.

SOT. (Respirando.) ¡Ah, vamos!

MAT. Un novio que era muy buen mozo, muy guapo, muy simpático, pero muy tarambana, una bala perdida, una bala *perdida* que iba derecha al corazón.

SOT. Así que usted le quiso.

MAT. Sí, le quise mucho; pero nuestras relaciones tenían que terminar y terminaron. Aquel loco se jugó las últimas pesetas que le quedaban. Llegó a un extremo en que todas las puertas se le cerraron.

SOT. ¿Y las del corazón usted, también?

MAT. Esas estaban entornadas. El pobre muchacho decidió marcharse a América, y a Buenos Aires se fué con la esperanza de naufragar en el viaje o de salir a flote después de algunos años de trabajo.

SOT. Adelante.

MAT. No volví a saber de aquel loco, y aunque algunas veces pensé en él, fué el tiempo cicatrizando la herida de mi corazón. Después conocí a Paniagua; mi madre, que ya estaba muy enferma, ante el temor de dejarme sola, me hizo casarme con aquel hombre que me llevaba treinta años; mi pobre madre murió tranquila y yo procuré hacer feliz a mi marido.

SOT. Bueno, y la *bala perdida* que partió para América...

MAT. Siguió perdida... No volví a saber de mi antiguo novio hasta esta mañana que recibí esta carta suya. (Le entrega un papel que lleva guardado en el cinturón.)

SOT. (Leyendo.) «Señora Doña Matilde Suárez. Mi distinguida amiga: Para entregar a usted un encargo de su tío don Pedro Suárez (que en paz descanse), tendré el gusto de ir a verla esta tarde. Como se trata de un asunto que exclusivamente afecta a usted, a usted, y no a su esposo me dirijo. Su afectísimo amigo, que besa su piés, *Enrique Gutiérrez.*» (Devolviéndole la carta.) Opino que no le reciba usted.

MAT. No tengo más remedio que recibirle. Sin duda trae una misión delicada. Yo soy la única heredera de mi tío Pedro...

SOT. No sé... no sé... Puede que haya sentado la cabeza; quizás vuelva casado, porque el número de tontos abunda.

MAT. No; vuelve soltero. Me he informado por el mozo que ha traído la carta; sé que vuelve soltero, y como le conozco, temo que al encontrarme viuda me asedie con sus pretensiones amorosas.

SOT. ¡Cómo! ¿Se atrevería cuando sólo lleva usted quince días de viudez?

MAT. Usted no le conoce, don Sotero. Se atreve a todo.

SOT. Es decir que para contener a ese hombre en los límites de la corrección...

MAT. Me hace falta un marido. Enrique ignora mi viudez. Ya ha visto usted que en la carta habla de *mi marido.*

SOT. De manera que usted quiere aparecer a los ojos de ese hombre como una mujer casada.

MAT. Precisamente. Y usted, mi buen don Sotero, ha de desempeñar en la comedia el papel de marido.

SOT. ¿Quién, yo?... ¡Ni se lo imagine usted!... Es un papelito que no me gusta, ¡un embolado!

MAT. Pero si se trata de un matrimonio de broma...

SOT. ¡Pues esas son unas bromas que no me agradan! ¡Ni de chico he jugado a los matrimonios!

MAT. Pero, ¿no comprende usted que si ese hombre me ve sola, mañana está aquí otra vez, y al otro día y al otro?... ¡Pues bueno es el niño!

SOT. Pero, ¿no comprende usted, Matilde, que yo, que reniego hasta del nefasto apellido de *Casado* que me legó mi padre, y así firmo siempre Soterò C. Porras, no puedo pasar por marido de nadie, porque hay cosas por las que no se puede pasar?...

MAT. ¿Consentirá usted, entonces, que sea ultrajada la memoria del pobre Juan, por un conquistador de oficio? ¿Ha olvidado usted que en sus últimos momentos me recomendó a usted mi malogrado esposo?

SOT. ¡Basta! Estoy dispuesto a todo, por la memoria de aquel santo; a todo menos a ocupar el puesto que él desempeñó en esta casa.

MAT. ¡Usted no me abandonará!

(Suena muy deprisa el timbre de la puerta.)

SOT. ¡Llaman!

MAT. ¡Será él!

SOT. (Haciendo ademán de marcharse.) ¡Ea, buenas tardes!

MAT. (Sujetándole.) ¡No, usted no se marcha! ¡Me encontrará con mi marido!

ESCENA VIII

MATILDE, SOTERO, DON PIO y ANITA

Don Pío aparece en la puerta del foro cargado de paquetes y una jaula con pájaro. Don Pío es un señor estrafalario, con cara de loro; habla muy deprisa y se pasea constantemente por la escena.

ANITA Señora, este caballero es...

PÍO Cuidado, cuidado con la jaula...

SOT. (Aparte.) ¡Qué avechucho! ¿Será éste el hombre temible?

PÍO (A Anita.) Tenga usted la bondad de quitarme el sombrero... Estaré sólo un instante... Cuatro palabras...

(Anita le quita el sombrero y lo deja sobre una silla. Luego se va por la derecha.)

SOT. (Intentando cogerle la jaula.) Suelte usted el pájaro.

MAT. Siéntese usted.

PÍO Nada, no se molesten. Yo no me siento nunca. No tengo tiempo ni de sentarme. Siempre volando.

SOT. (Aparte,) ¡Qué tipo más extraño!

PÍO He recibido su carta, señora. Soy el dueño del hotel... ¡Oh, el hotel es una monada!... Una habitación lindísima, una jaula preciosa... Allí hay oxígeno, que es la vida. ¡Oxígeno, mucho oxígeno!... (Pasea por la escena muy deprisa.)

SOT. ¡Aire, aire!

PÍO Decía usted...

SOT. No, nada, que el aire es muy conveniente.

PÍO El hotel es suyo, completamente suyo, y en mil pesetas por toda la temporada veraniega. Ustedes van cuando quieran y en el mismo pueblo firmaremos el contrato. Ahora no puedo detenerme... Voy a la estación... Siempre volando...

SOT. Se olvida usted del sombrero.

PÍO Es verdad. Tengo la cabeza a pájaros. A los piés de usted... Beso a usted la mano... He tenido mucho gusto...

SOT. Yo también he tenido...

(Sale derecha corriendo.)

ESCENA IX

MATILDE y SOTERO, luego ANITA

SOT. (Asomándose a la puerta y gritando.) ¡Que yo también he tenido mucho gusto!... ¡Jesús, que pajarraco!

MAT. Mil pesetas por toda la temporada. Sin duda alguna me conviene el hotel.

SOT. Sí, señora, y le conviene a usted marcharse cuanto antes Hoy mejor que mañana.

MAT. Hoy es imposible. ¿Olvida usted que espero a Enrique Gutiérrez?

ANITA (Entrando por la derecha.) Señorita, un caballero pregunta por usted.

MAT. ¡El!

SOT. ¡Huyamos!

MAT. ¡Don Sotero, no me abandone usted!

SOT. Yo no me *empujo* toda la visita en calidad de marido, ¿estamos?

MAT. Pero de esta casa no sale usted. Pase usted a esta habitación (Por el primer término izquierda.) y si Enrique se propasa, si se interna en terreno vedado...

SOT. Comprendido: salgo y le cazo.

MAT. Si tal ocurre, yo toseré y esa será la señal para que haga usted su presentación. Ya lo sabe usted, don Sotero, si toso es que necesito la presencia de mi marido.

SOT. Un momento, Matilde. No puedo consentir que ese hombre haga una tontería delante de la efigie de mi amigo del alma. Recíbale usted en otra habitación.

MAT. O llévese usted el retrato.

ANITA (Aparte.) ¡Tan pronto, y ya se lo llevan a la bohardilla!

SOT. (Al retrato que ha descolgado.) ¡Te ofrezco mi sacrificio, inolvidable Juan! (Manchándose los dedos.) Está fresco.

MAT. Que pase ese señor.

(Sale Anita por la derecha, Matilde se arregla un poco el peinado y Sotero hace mutis por la izquierda llevándose el cuadro.)

ESCENA X

MATILDE y ENRIQUE

ENR. (Correctamente vestido de levita y con una cajita en la mano. Se detiene en el dintel de la puerta y saluda con una reverencia.) (Está más hermosa que nunca.)

MAT. Adelante, señor Gutiérrez.

ENR. (Llegando hasta Matilde y saludándola un poco emocionado.) Matilde, mi excelente amiga... Veo con gusto que me ha reconocido usted.

MAT. Oh, no ha cambiado usted mucho... Un poco mas grueso y un poco más moreno.

ENR. Pero, a veces, el olvido borra por completo la imagen del ausente.

MAT. Ya ve usted, señor Gutiérrez, como el olvido no ha desempeñado su antipático papel en esta prolongada ausencia.

ENR. Puesto que usted lo afirma, Matilde, yo lo creo, y al creerlo me siento feliz.

MAT. (Nerviosa.) No, no, si yo no afimo nada, nada

absolutamente... (Aparte.) ¡Ay, ay, ay, me parece que vamos por muy mal camino! (Alto.) ¿Decía usted?

ENR. Creo que no decía nada. (Pausa.) De manera que me encuentra usted un poco más moreno y un poco más grueso.

MAT. Sí, y con más bigote.

ENR. Han pasado ocho años, y en ocho años es natural que hayamos cambiado...

MAT. ¿También yo estoy cambiada?

ENR. Sí; la encuentro a usted más hermosa.

MAT. (Carraspeando.) ¡Qué picorcillo siento en la garganta! (Aparte.) Me parece que voy a tosor.

ENR. (Ofreciéndole un caramelo empapelado.) ¿Quiere usted un caramelo?

MAT. No, muchas gracias; no me gusta el dulce.

ENR. En eso también ha cambiado usted. Hace ocho años se volvía usted loca por los bombones.

MAT. ¿Hace ocho años?... Es posible... Pero ahora...

ENR. Claro, ahora no es usted la niña golosa de entonces. Es usted una señora casada, ¡casada!

MAT. ¿Vió usted a mi pobre tío poco antes de morir?

ENR. Estuve al lado suyo en sus últimos momentos. La casualidad hizo que nos conociéramos a los pocos días de llegar yo a Buenos Aires, y desde que cambiamos las primeras palabras fuimos excelentes amigos. Hablando, hablando, supe que era pariente de usted, y desde entonces le quise más.

MAT. (Distraída.) Claro, desde entonces tuvo usted que quererle más...

ENR. Por él supe la boda de usted. Un casamiento de conveniencia.

MAT. No, eso no; un casamiento por amor.

ENR. Me dijo su tío, que el esposo de usted, don Juan Paniagua, si mal no recuerdo, tenía bastante edad, que estaba muy atropellado.

MAT. No lo crea usted, los hay más *atropellados*, y en cuanto a fuerte, es un roble, con unas energías y un geniazo...

ENR. (Aparte.) Quiere asustarme. (Alto.) ¿Está en casa su marido?

MAT. Sí, está en su despacho... Voy a avisarle...

ENR. No, no le moleste. Yo solo necesitaba ver a usted. Pocas horas antes de expirar me hizo reunir su tío todas sus joyas y enterado por mí de mi proyectado viaje a España me dió el encargo de entregárselas a usted en propia mano... Aquí las tiene usted... (Entregándole la cajita y un papel que saca del bolsillo.) Esta es la relación de las joyas firmada por su tío. Tenga usted la bondad de ver si están todas.

MAT. Claro que están todas. Lo único que tengo que hacer es dar a usted las gracias por las molestias que este encargo haya podido ocasionarlo.

ENR. Molestias, ninguna; placeres, uno: el de verla a usted.

MAT. ¿Volverá usted a América?

ENR. ¿Para qué? He reunido un capital que me permite vivir con relativa holgura, mucho más no siendo aquel tarambana de hace ocho años. Ahora soy una persona formal. ¿No lo crees, Matilde?

MAT. (Aparte.) ¡Ay, Dios mío!.. ¡De *tu!*... Ha llegado el momento de toser.

ENR. He regresado un poco tarde. ¿De qué me sirve el dinero ni mi hombría de bien? Si como allá en América me aguardaba el dinero, me hubiese esperado aquí el amor, a estas horas, ingrata, cien veces ingrata, pero adorable Matilde, nadie más feliz que yo. (Matilde tose fuerte, con tos convulsiva. Sotero, con cara de susto, asoma la cabeza por entre las cortinas de la primera lateral izquierda.)

ESCENA XI

DICHOS y SOTERO

SOT. (Desde la puerta.) ¡Llegó la hora trágica! ¿Qué habrá pasado aquí?

MAT. (Presentándole.) Mi marido.

ENR. Muy señor mío...

SOT. Servidor de usted.

MAT. El señor es don Eurique Gutiérrez, amigo de mi difunto tío Pedro. Ha venido a traerme las alhajas de mi pobre tío.

SOT. (Aparte.) Sí que debe ser una alhaja el punto éste.

ENR. Y cumplida mi misión, con el permiso de ustedes me retiro.

SOT. ¡Pues vaya usted con Dios! (Aparte.) Me parece que estoy desempeñando bien el papelito de marido.

MAT. ¿Tan pronto nos deja usted, señor Gutiérrez?

SOT. (Aparte.) ¡Anda, salero! A esta le parece pronto...

ENR. No puedo detenerme más; pero volveré.

SOT. ¡No, eso no! Volver no vuelva usted.

MAT. No, no vuelva usted, porque mañana mismo nos vamos de Madrid. El veraneo se impone.

ENR. ¿Y van ustedes lejos?

SOT. Sí, muy lejos; lejísimos...

ENR. (Bajo a Matilde.) ¿Es decir que no nos veremos más?

MAT. No nos veremos más.

ENR. No me resigno. Vayas donde vayas, yo te buscaré.

SOT. (Escamado.) Creo que ahora soy yo el que debe toser. (Tose.)

ENR. (Despidiéndose de Sotero.) Servidor de usted. Enrique Gutiérrez, en el hotel París, a sus órdenes.

SOT. Sotero...

MAT. (Precipitadamente.) Juan...

SOT. Eso es. Juan Casado... Pan... Porras... Agua... Bueno, para servirle. (Se limpia el sudor.)

ENR. (Hace medio mutis y al pasar junto a Matilde habla a esta en voz baja.) Es inútil tu empeño; ¡te seguiré! (Sale derecha.)

ESCENA XII

MATILDE, SOTERO, ANITA

SOT. Esto del matrimonio es superior a mis fuerzas. Un cuarto de hora de marido y ya siento vértigos.

MAT. ¡Ay, don Sotero, don Sotero; qué desgraciada soy! Ese hombre es mi castigo.

SOT. Y el mío, el mío también.

MAT. Ahora que le he visto, ahora que he hablado con él, le temo más que nunca; le temo... (Aparte.) y me temo. (Alto.) Mañana mismo salgo de Madrid. Tomillares será conmigo. Usted me acompañará hasta el pueblo, don Sotero.

SOT. ¿Quién, yo?...

MAT. Sí, usted. Yo no puedo ir sola. Figúrese usted que ese hombre me sigue los pasos y que me encuentra en Tomillares. ¡No quiero pensarlo!

SOT. ¡Ni yo! ¿De manera que a Tomillares?

MAT. Mañana mismo. Y en cuanto nos convenzamos de que no me ha seguido, recobra usted la libertad.

SOT. ¡Me va a parecer mentira!

MAT. ¡Anita! (Entra Ana por la derecha.) Arregla el equipaje en seguida. Mañana salimos para Tomillares. Don Sotero nos acompaña. Para todo el mundo, ¿lo oyes bien?, para todo el mundo y hasta nueva orden don Sotero es mi marido.

SOT. ¡Zambomba!

ANITA ¡¡Su marido!!

MAT. (Paseando por la escena.) ¡Qué nerviosa estoy!

SOT. Y yo, yo también estoy muy nervioso...

MAT. Anita, una taza de tila.

SOT. (Hablando consigo.) ¡Qué situación!... Casado de repente; mañana el viaje de novios... ¡Horrible!... Anita, otra taza de tila... (Sale Ana.)

ESCENA ULTIMA

MATILDE, SOTERO, SEPÚLVEDA, OFICIALES 2.º y 3.º, TEMPEROS y ANITA

MAT. ¡Usted es mi sostén, don Sotero! La salvaguardia de mi honor.

SOT. (Algo conmovido.) ¡Matilde! .. Usted es una mujer buena... No la abandonaré a usted.

MAT. Gracias, don Sotero, muchas gracias.

SOT. Vive en mí muy arraigado el recuerdo de aquel amigo queridísimo, de aquel hermano. ¡Pobre Juan!

MAT. ¡Pobre esposo mío! (Matilde y Sotero se abrazan. En este momento entran por la derecha Sepúlveda, los

Oficiales y el Temporero. Al ver a Matilde y Sotero abrazados, Sepúlveda deja caer la corona que trae en la mano: los demás casi se desmayan, sosteniéndose unos a otros; el Temporero se vuelve de espaldas. Anita, que entra por la derecha, con las tazas de tila, al ver a Matilde y Sotero, las deja caer. Todo rapidísimo.)

SEP. ¡Y esto a los quince días de *fenecido!*

ANITA ¡Ave María Purísima! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un gabinete elegante y alegre en una casa de campo en Tomillares. Foro de jardín.

ESCENA PRIMERA

DOÑA VICTORIA, BLANCA, LOLITA, EL GENERAL, SOTERO y NEMESIO, criado. Lolita y Blanca terminan una figura de sevillanas. Doña Victoria toca el piano. El General, aplaude

GEN. ¡Bravo, bravo!... Pintoresco... Bien por las *bailaoras* y por la pianista.

SOT. (Entrando, a Nemesio.) ¿Ha venido alguien?

NEM. Sí, un señor preguntando por usted. Dice que es muy amigo suyo, que han *estudiao ustés* juntos, que le quiere a usted mucho.

SOT. (Aparte.) ¿Un amigo de la infancia? Este es el que lo desbarata todo. (Alto.) ¿Te ha dicho su nombre?

NEM. Se llama... se llama... me *paice* que me ha dicho don Roque.

SOT. (Recordando.) Roque... Roque... No he conocido a ningún Roque.

NEM. También ha *venío* el director de la banda a anunciar que esta noche vendrán a darle a *usté* una serenata.

SOT. ¡Para músicas estoy yo!

GEN. ¡Si está aquí don Juan!... Hemos tomado su casa por asalto, querido don Juan! (Se saludan.)

SOT. Son ustedes muy dueños.

GEN. ¿Qué tal la excursión, señor de Paniagua?

SOT. Desastrosa.

VICT. ¿Han ido ustedes a la presa?

SOT. No puedo decirle a usted si ha sido a la presa precisamente; lo único que sé es que me he dado un chapuzón en un arroyo.

GEN. ¿Y su señora de usted?

SOT. La perdí de vista. Mi burro, que tiene muy mala intención, dió media vuelta a la derecha y emprendió el regreso con un trote cochinero del que no hubo forma de hacerle desistir.

VICT. ¿Y se ha quedado sola su señora de usted? Puede perderse.

SOT. No, si no está sola. La acompaña ese amigo nuestro que está veraneando aquí.

GEN. ¡Ah, vamos! Enriquito Gutiérrez.

VICT. Ese joven que les acompaña a ustedes *a todas partes.*

BLAN. Es un muchacho muy simpático.

SOT. ¡Mucho!

LOLA Y muy distinguido.

GEN. (A doña Victoria.) Por lo menos, Matildita le distingue bastante.

VICT. Creo que son algo parientes.

GEN. Amigos de la infancia. Han jugado juntos. ¡Pintoresco!

ESCENA II

DICHOS, CAROLA y PACITA con palas de jugar al «tennis»; al final MATILDE y ENRIQUE

CAR. (Entrando.) ¡Ja, ja, ja! ¡Qué pelotazo le he dado al juez!

GEN. ¡Hola, pimpollos! ¿De jugar al pim-pam-pum con las autoridades, eh?

VICT. Pero, hijas, qué sofocadas venís.

SOT. ¿Estas pollitas son también hijas de usted?

VICT. ¿Cómo, no las conocía usted? Bien es verdad que no ven a nadie; están dedicadas al sport y se pasan la mañana jugando al *tennis* y la tarde entretenidas con el *golf.*

SOT. Hacen bien. ¿De manera que son cuatro las que tiene usted?

GEN. Y cada una de su padre.

SOT. ¿Qué dice usted, hombre?

VICT. Sí, señor. Esta es de mi primer marido, que era capitán; la misma cara de su padre; esta otra, del segundo, también la misma cara; Pacita es del tercero y Carola, que es la menor, fruto de mi cuarto matrimonio, con el coronel Pacheco.

SOT. Pero, ¿ha tenido usted valor para casarse cuatro veces?

BLAN. Mamá, ¿quieres que vayamos a la plaza? Esta tarde hay música.

VICT. Sí, vamos. Creo que tocan *La viuda alegre*. A mí me entusiasma *La viuda alegre*.

GEN. Y a mí. Las acompañaré.

VICT. Hasta luego, don Juan; después de la música volveremos a saludar a Matilde.

GEN. (Aparte.) Si es que ha parecido.

SOT. Vaya usted con Dios, simpática vecina. Adiós, pollitas.

GEN. Hasta luego, afortunado marido. (Aparte.) Este hombre es un infeliz. (Se despiden.)

VICT. Niñas, andad delante.

GEN. Y nosotros dos detrás, hablando de nuestras cosas. Ha de saber usted, Victoria... (Le habla en voz baja.)

VICT. Es usted tremendo, General.

SOT. ¡Casada cuatro veces!... Y aun... aun... Para mí que el General va a hacer el quinto.

GEN. ¡Ya están aquí los expedicionarios!

(Llegan Matilde y Enrique y se detienen en la puerta, despidiéndose de doña Victoria, las niñas y el General.)

MAT. ¿Se van ustedes porque llegamos nosotros?

VICT. Hemos estado esperándoles un buen rato.

PAC. Vamos a la música.

VICT. Luego volveremos.

ENR. Pues hasta luego, señores.

MAT. Adios, vecinos.

(Salen foro.)

ESCENA III

MATILDE, SOTERO, ENRIQUE

MAT. ¡Pero si está aquí mi maridito!

ENR. Querido don Juan, llevaba usted un burro que se perdía de vista. ¡Qué modo de correr!

MAT. Ya, ya; no hay quien lo alcance. (Se sienta.) ¿No se sienta usted, Enrique?

ENR. Voy un rato al Casino. (Aparte a Matilde.) Parece que tiene mala cara.

MAT. (Dándole la mano.) Hasta pronto.

ENR. Hasta luego, don Juan.

SOT. ¡Vaya usted con Dios!

ENR. (Haciendo mutis foro.) Me parece que está escamado.

- ESCENA IV

MATILDE y SOTERO

SOT. ¡Así no podemos continuar, señora!

MAT. ¿Y qué culpa tengo yo de todo eso?

SOT. ¡A que resulta que soy yo el que tiene la culpa!

MAT. Usted vino a acompañarme a este pueblo...

SOT. ¡Porque usted se empeñó!

MAT. Pero usted sabe que solo vino a acompañarme.

SOT. Y, sin embargo, estoy aquí.

MAT. Porque tuvimos la desgracia de que Enrique me siguió los pasos; hizo el viaje en el mismo tren que nosotros y se instaló en este pueblo a pasar el verano.

SOT. ¿Y usted por qué no se ha ido a otra parte?

MAT. Porque me hubiera seguido.

SOT. Pues yo no puedo resistir más. Los criados me llaman el *pobre señor*; el General me mira con lástima; nuestra vecina doña Victoria, ese monstruo que se ha casado cuatro veces y que, por lo tanto, entiende mucho de maridos, me dedica de cuando en cuando unas puyas que me hacen muy poca gracia, y hasta una de las niñas de doña Victoria me dijo ayer que yo era el *marido ideal*. ¡La niña se las trae!

MAT. Bueno, ¿y todo eso a qué viene?

SOT. Yo no puedo decirle a usted a que viene todo eso; lo único que le digo es que Paniagua se ha muerto a tiempo y que yo voy a hacerle compañía muy pronto si no termina esta situación.

MAT. Exagera usted, don Sotero. Enrique se mantiene en los justos límites. Ha vuelto muy formal y muy razonable.

ESCENA V

DICHOS y DON ANTONIO por el foro, con sotana, gorrito y escopeta colgada del hombro

ANT. (Entrando.) El cazador se mete en el mismo nido, pero no hay cuidado: llega en son de paz.

MAT. Estos pájaros no se asustan, don Antonio.

SOT. Estamos curados de espanto.

ANT. He sorprendido el idilio.

MAT. No lo crea usted; hablábamos del tiempo.

ANT. ¡Bah! ¿Para qué disimular? Demasiado se conoce que son ustedes unos esposos amantísimos. Entienden ustedes el matrimonio como lo entendía San Pablo.

SOT. (Aparte.) Pues estaba lucido San Pablo.

MAT. Nos llevamos muy bien.

SOT. ¡No ha habido entre nosotros el más pequeño disgusto!

ANT. Usted es un hombre feliz, don Juan. Realmente, el hombre que no abraza la carrera eclesiástica, debe casarse.

SOT. Sí, señor; la cuestión es abrazar algo; ¡pero algo de veras!

ANT. Usted, don Juan, siempre tan alegre. Y espere usted, que más lo estará cuando el cielo le envíe un angel que perpetúe el apellido.

MAT. (Riendo.) ¡Qué ocurrencia!

SOT. (Aparte.) ¡Sólo me faltaba el milagro de un angelito!

ANT. Sepa usted que yo quiero bautizarlo. Aunque estén ustedes en Madrid, yo iré a bautizarlo.

MAT. Conformes, si llega el caso...

SOT. ¿Cómo, si llega el caso? (¡Esto se complica!)

ANT. Vaya, hasta la noche. Voy a tomar mi chocolate.

MAT. Si quiere usted tomarlo con nosotros...

ANT. (Haciendo mutis por el foro.) No quiero interrumpir con mi presencia este idilio tan venturoso.

SOT. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Hombre feliz!... ¡Feliz, porque no hay manera de casarlo!

MAT. ¡Qué gracioso es este cura!... ¡Si él supiera!...

ESCENA VI

MATILDE y ENRIQUE

ENR. (Por la parte de fuera.) ¡Matilde!... ¡Matilde! ¿Estás sola?

MAT. Sí.

ENR. ¿Puedo entrar?

MAT. Entra.

ENR. ¿Y tu marido?

MAT. Se fué.

ENR. ¿Volverá?

MAT. (Suspirando.) ¡Claro que volverá!

ENR. (Entrando.) ¡Qué elocuencia tiene ese suspiro!

MAT. No des a los suspiros interpretaciones caprichosas.

ENR. ¿Sigue escamado tu marido?

MAT. No me he ocupado de eso.

ENR. ¿Sigues queriéndome mucho?

MAT. En mi situación esa pregunta es impertinente.

ENR. ¡Tu situación!... ¡Hay maridos que no se mueren nunca!

MAT. Enrique, por Dios...

ENR. (Cogiéndole amoroso una mano.) Y pensar, amor mío, que de no existir tu marido podríamos casarnos, unir nuestras vidas, ser dichosos, muy dichosos...

(En este momento entra Sotero por la izquierda y al verlos amartelados, da media vuelta y sale tarareando distraídamente.)

MAT. ¡Enrique!

ENR. ¿Por qué no te habré encontrado libre, Matilde?

MAT. (Aparte.) Por una tontería mía; bien arrepentida estoy.

ENR. ¿En qué piensas?

MAT. ¡Qué sé yo! ¡Vete!

ENR. En mí, ¿verdad? En lo dichosa que serías casada conmigo.

MAT. ¡Vete!

ENR. ¡Hasta pronto!

MAT. (Aparte.) ¡Lo que estorba un marido, aunque sea de pega!

(Amorosamente llegan hasta la puerta. Enrique sale por el foro y Matilde por la casa.)

ESCENA VII

SOTERO y el GENERAL

SOT. (Por la izquierda.) ¿Se habrán ido ya?

GEN. (Por el foro.) Salía de aquí. Han estado juntos. ¡Qué escándalo!

SOT. ¡Mi general!

GEN. Como sé que le preparan a usted una serenata para esta noche, me he adelantado, porque tenemos que hablar. (Con misterio.)

SOT. ¿Tenemos que hablar?

GEN. Sí, señor.

SOT. Pues hablemos.

GEN. ¡Chist!... ¡Silencio!

SOT. En qué quedamos, ¿tenemos que hablar o tenemos que callarnos?

GEN. Siéntese usted. (Se sientan los dos al lado del velador.) ¿Estamos realmente solos?

SOT. (Aparte.) ¡Pero qué empeño tiene este hombre en que estemos solos! (Alto.) Sí, señor, estamos solos.

GEN. Pues hablemos. ¡Está usted vendido!

SOT. Alquilado nada más.

GEN. ¡Está usted entre bandidos!

SOT. ¡Caracoles!

GEN. Todos conspiran contra usted, todos le venden: la doncella de Matilde es una infame, el jardinero es un traidor, la cocinera es una cochina...

SOT. Bueno, ¿pero a qué viene todo eso?

GEN. ¿Es usted hombre fuerte?

SOT. Regular.

GEN. ¿Puede usted resistir sin quebranto un golpe rudo?

SOT. Hombre, según donde sea el golpe.

GEN. En el honor.

SOT. ¿En el honor? Puedo resistirlo.

GEN. A un hombre que es tal hombre, se le deben decir las cosas como a los hombres.

SOT. ¡Vaya, hombre, vaya!

GEN. (Con misterio.) Lo he averiguado todo.

SOT. ¿Todo? (Aparte.) ¡Se acabó el alquiler! Este deshace mi matrimonio.

GEN. ¡Su mujer de usted le engaña!

SOT. Me deja usted helado!

GEN. Su mujer de usted le engaña con su mejor amigo: con Enriquito Gutiérrez.

SOT. Me lo figuraba.

GEN. ¿Y lo dice usted con esa frescura?

SOT. Ya le he dicho a usted que me he quedado helado.

GEN. Yo soy un hombre de honor; yo no puedo tolerar que un hombre honrado como usted esté en entredicho.

SOT. Pero, ¿usted sabe?

GEN. Lo sé yo y lo sabe todo el pueblo, es la comidilla de la colonia veraniega; la diversión del casino.

SOT. Pero, ¿quién ha podido averiguar?... Eso es una calumnia.

GEN. Desgraciadamente no es una calumnia. Es una mancha que han echado sobre el honor de usted, don Juan.

SOT. Pero, ¿quién lo dice?

GEN. Quien tiene pruebas: don Faustino, el juez municipal. Juzgue usted si serán ciertas sus denuncias! No hay lugar a dudas. Don Faustino oyó esta misma tarde, cuando paseaba por el campo, estas palabras: «Rico, rica», «chato, chata».

SOT. «¡Chato, chata.»

GEN. ¡Calcule usted!

SOT. Bueno; pero, ¿quiénes eran esos chatos?

GEN. Usted está en el Limbo. ¿Quiénes habían de ser? Su esposa de usted y Enriquito Gutiérrez.

SOT. (Levantándose.) ¡Ah, los infames! (Vuelve a sentarse tranquilamente.)

GEN. Comprenderá usted que hay que tomar una resolución rápida y terminante.

SOT. ¿Qué quiere usted decir con eso?

GEN. Que tiene usted que batirse con el infame seductor.

SOT. ¿Que tengo yo que batirme con el infame seductor?

GEN. ¡Naturalmente! ¿Ha olvidado usted lo de «chata, chato»? El desafío es inminente. Esto tiene que resolverse pronto. Usted nombra dos padrinos para que visiten a Enrique Gutiérrez y le exijan la debida reparación sobre el terreno. Yo actuaré de juez de campo para que el lance se lleve con verdadera formalidad.

SOT. ¿Y no habría medio de evitar la efusión de sangre?... Lo digo por él.... y por ella... Por evitarla un disgusto... Si fuera posible llegar a un arreglo...

GEN. Pero, ¿qué está usted diciendo? ¡Hay que ir al desafío!... Las manchas en el honor hay que lavarlas...

SOT. Sí, señor; hay que lavarlas, dándose un jabón morrocotudo.

GEN. Las condiciones han de ser duras, como corresponde a la calidad de la ofensa. Yo, como juez de campo, cargaré las pistolas y llevaré de repuesto tres cargadores más.

SOT. (Aparte.) ¡Pero qué cargante es este tío!

GEN. (A Sotero) Como el lance será grave, para no comprometer a los padrinos escriba usted una esquela en estos términos: «Señor Juez, no se culpe a nadie de mi muerte...» ¿Comprendido? Una esquela que diga...

SOT. Sí, vamos, una esquela de defunción.

GEN. (Saliendo.) Mucho ánimo: mañana valiente, y esta noche sereno. No digo más.

SOT. ¡Ya has dicho bastante! ¡Qué bruto! (Se sienta.)

ESCENA VIII

SOTERO, ROQUE y NEMESIO

(Por la puerta de foro entran Roque y Nemesio.)

NEM. Ahí le tiene usté...

ROQUE Calla... ¡Menuda sorpresa le voy a dar!... ¡Treinta años que no nos vemos!

(Nemesio sale derecha. Roque se dirige de puntillas y con expresión alegre hacia Sotero y le tapa los ojos con las manos.)

SOT. ¡Socorro!

ROQUE ¿A que no adivinas quién soy?... Buena sorpresa vas a llevarte, querido Paniagua! (Separándose de él bastantes pasos y mirándole frente a frente.) ¿Me reconoces?

SOT. (¿Quién será este camueso?) No, no tengo el gusto...

ROQUE Sí, hombre, sí... Soy tu gran amigote de la juventud: Roque, tu inseparable Roque. ¿No te acuerdas de Roque Villalón?

SOT. ¡Conque mi inseparable Roque!

ROQUE Sí, hombre, sí; estudiamos juntos tres años. Viviamos en la misma casa de huéspedes, en casa de doña Fidela, en la calle del Acuerdo...

SOT. (Pensativo.) Del Acuerdo... del Acuerdo... ¡Pues no me suena!

ROQUE ¡Caramba, con Juanito!... Chico qué cambiado estás.

SOT. ¡Pues anda que tú, estas bueno!

ROQUE Pero, ¿qué haces ahí como un palomino atontado? ¡Ven a mis brazos! ¡Oh, gran Paniagua!

SOT. (Abrazándose.) ¡Vaya, vaya, con el amigo Villalón!

ROQUE ¡Cuánto hemos cambiado, chico! Tú has envejecido mucho.

SOT. Pues mira, ha sido en un instante.

ROQUE Seguramente que si me ves por la calle no me conoces.

SOT. Puedes estar seguro.

ROQUE En cuanto me enteré de que estabas veraneando aquí con tu señora, a quien tengo verdaderos deseos de conocer, me dije: ¡qué sorpresa le voy a dar al amigo Paniagua.

SOT. Sí, sí que ha sido una sorpresa.

ROQUE Pero, chico, te miro y no te conozco. Eres otro completamente.

SOT. Completamente otro.

ROQUE Ya sé que has hecho una buena carrera.

SOT. ¡Una suerte loca!

ROQUE Yo también he subido bastante. Colgué los libros e ingresé en las oficinas de una Compañía de Seguros... Y no puedo quejarme. Ya ves: hace un año que soy inspector general. Conque, si quieres asegurarte la vida...

SOT. (¡Qué vista tiene este hombre para los negocios!)

ROQUE ¡Qué casualidad el que los dos hayamos elegido el mismo punto veraniego!... Ahora que he tenido la dicha de encontrarte, pasaremos grandes ratos juntos.

SOT. (¡Buen pelmazo! No sólo cargo con la viuda, sino con los amigos del difunto.)

ROQUE Pero, ¿qué te pasa?... Te encuentro triste, abatido; tú siempre fuiste alegre.

SOT. Sí, pero las circunstancias...

ROQUE Abre el pecho al mejor de tus amigos. ¿Qué tienes?

SOT. ¡Un miedo terrible!

ROQUE Me pones en cuidado...

SOT. El que está con muchísimo cuidado soy yo.

ROQUE ¿Qué quieres decir? Dímelo todo. ¿En qué puedo serte útil? ¿Qué quieres de mí?

SOT. Que me saques un billete para Madrid: necesito marcharme.

ROQUE ¿Marcharte?.. ¿Por qué?

SOT. Porque... porque mi mujer ..

ROQUE Habla... no te entiendo...

SOT. (¿Cómo se lo diría a este bárbaro?) ¡Me la quieren *dar con queso*, amigo Villalón!

ROQUE ¿Te engaña tu mujer y tú huyes?... No eres el Juan de antes.

SOT. (Ni el de ahora.)

ROQUE Estos asuntos se resuelven a tiros.

SOT. Te advierto que hay aquí veraneando un general que opina lo mismo. Quiere que me bata. Pero tú evitarás el lance, protegiendo mi fuga.

ROQUE ¡Nunca! Eso nunca. No impediré que mi gran amigo Paniagua castigue al infame seductor. ¿Tienes padrinos?

SOT. Estoy completamente desamparado.

ROQUE Yo seré uno de tus padrinos; no te abandonaré en estos momentos. Voy en busca del otro padrino. (Sale foro.)

ESCENA IX

SOTERO, solo

SOT. ¡Qué noche más triste!.. ¡Qué lúgubre!... (Persiguiendo con el pañuelo a un moscardón) ¡Anda, salero, un moscardón!.. Tengo que escribir la carta que me ha indicado el General... ¡Qué horrible es todo esto!... Un hombre como yo, lleno de vida y lleno de miedo, tener que recibir cuatro tiros a fecha fija... Esto es inhumano... (Se sienta ante la mesa que hay en el centro de la habitación y se dispone a escribir.) Voy a jugarme la última carta.. (Escribiendo.) «Señor Juez...» Caramba, qué mal tengo el pulso... Este juez no le conoce ni el Presidente de la Audiencia... Me ha salido la jota con tres rabos... Y es que no estoy yo para jotas...

(Se oye dentro una voz de hombre que pasa, algo lejos, cantando una jota.)

UNA VOZ — Cuando ya esté muerto y frío,
ves a mi tumba a rezar,
ya que mi alma, por tu culpa,
en el infierno estará.

SOT. — ¡La coplita se las trae!... Es de una oportunidad aterradora... «Señor Juez... (Escribiendo.) Cúlpese al General de mi muerte...»

ESCENA ULTIMA

SOTERO y MATILDE

MAT. — (Por el recibimiento.) Don Sotero...

SOT. — ¿Eh, quién?... ¿Quién anda ahí?

MAT. — No, se asuste usted.

SOT. — Si no me asusto.

MAT. — ¿Esta usted escribiendo?

SOT. — Mi última voluntad.

MAT. — ¿Qué está usted diciendo?

SOT. — Sépalo usted todo, señora: mañana me bato con Enrique.

MAT. — ¡Eso es imposible!

SOT. — Eso digo yo; pero el General se empeña en que sí es posible.

MAT. — Pero ¿qué tiene que ver el General?

SOT. — Toma, que se ha enterado de que usted y Enrique se entienden, y como yo soy el marido de usted...

MAT. — ¡Qué infamia!... ¡Qué calumnia!... Tiene usted que pedir una explicación al General.

SOT. — ¡No, yo no pido explicaciones a nadie!

MAT. — ¿Enrique sabe?...

SOT. — Hasta ahora me estoy pasando el disgusto solito.

MAT. — Ese lance no se efectuará: lo impediré yo... Si usted matara a Enrique... No quiero pensarlo... Me volvería loca... Porque, sépalo usted, don Sotero, estoy enamorada.

SOT. — Si ya lo sé; me lo ha dicho el General.

MAT. — Mi situación es desesperante, porque yo me casaría con Enrique.

SOT. — Y yo asistiría a la boda con muchísimo gusto.

MAT. — Pero no puedo casarme; me estorba usted.

SOT. — ¿Ahora resulta que estoy estorbando? ¿Sabe

usted lo que la digo?... Que yo me voy de este pueblo y ustedes se las arreglan como puedan.

MAT. Sí; usted se marcha esta noche en el tren de las nueve y media.

SOT. ¿De las nueve y media?... ¿No pasará otro antes?

MAT. Pero no basta que usted se vaya; yo necesito recobrar mi libertad.

SOT. Y yo.

MAT. Yo necesito ser para Enrique lo que en realidad soy: una mujer viuda... Yo necesito que se muera usted.

SOT. ¡Caracoles!... ¿También eso?

MAT. Es la única solución para que yo pueda casarme con el hombre a quien amo.

SOT. ¡Pues yo no me muero, ea!

MAT. Todo se puede arreglar, don Sotero. Tengo una solución admirable. Usted se marcha esta misma noche, y digo a todos que un asunto urgentísimo le ha obligado a partir... Y mañana me envía usted mismo desde Madrid un telegrama diciéndome que se ha muerto...

SOT. A ver, a ver, ¿cómo es eso?.. Me muero y después le envío a usted un telegrama diciendo que he llegado sin novedad...

MAT. No sea usted torpe, don Sotero. Al telegrama le pone usted una firma cualquiera: Pérez, López, cualquiera, como si otro telegrafiara la muerte repentina de usted, es decir, de don Juan Paniagua. ¿Qué le parece a usted mi idea?

SOT. Muy bien. Marcharme me parece muy bien.

MAT. Pero ha de jurarme usted que me pondrá el telegrama en los términos que le he dicho: «Murió repentinamente Juan Paniagua.» Le guardaré a usted los meses obligatorios de luto, y cuando pase el tiempo preciso me caso y me voy con mi maridito a América. ¿Qué le parece a usted?

SOT. Admirable; cuanto más lejos, mejor. ¿Dice usted que pasa un tren a las nueve y media?

MAT. Sí, señor; no hay tiempo que perder.

SOT. Tenga usted la seguridad de que yo no pierdo ni un minuto. ¿Qué hora es?..

MAT. Las nueve.

SOT. No puedo entretenerme. Mi sombrero... El equipaje ya me lo enviará usted mañana en el primer tren.

MAT. No se entretenga usted, don Sotero. Ya sabe usted: un telegrama anunciando la muerte de mi marido. Don Sotero, por Dios, que se hace tarde.

SOT. Señora, que sea usted muy feliz y... muchas gracias por todo.

MAT. Con cuidado, don Sotero, que no le vean.

SOT. La noche está oscura. Las sombras protegen mi huída. (En este momento se ilumina el foro. Gentes del pueblo con bengalas y antorchas llegan en unión de algunos murguistas tocando. Aterrado.) ¡La serenata!... ¡Qué oportunidad!...

MAT. ¡Por el corralillo, don Sotero; por el corralillo!

UNA VOZ (Dentro.) ¡Viva don Juan Paniagua!

SOT. ¡Pobre Paniagua! ¡Ni muerto te dejan en paz!

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall de un lujoso hotel en Barcelona. En el centro mesa con periódicos. En segundo término derecha, comptoir. En la pared, un cuadro de llaves, un casillero de cartas, un cuadro de timbres, otro de luz eléctrica y un teléfono. Una puerta grande al foro, que es la de entrada a la fonda; otra en el lateral derecha, que es la que da acceso al comedor; y en el mismo lateral, pero en segundo término, escalera lujosa que conduce a las habitaciones de los huéspedes.

ESCENA PRIMERA

CHUNGA, ROQUE VILLALON, el FONDISTA y DOMINGO

(Al levantarse el telón Chunga está sentada en una mecedora, abanicándose perezosamente. Sobre la falda tiene un perrito muy feo.)

CHUN. (Con exagerado acento cubano.) ¡*Grasia a Dió* que ha terminado la charanga!... No ejecutan mas que música ramplona; no saben *dansones*, cosa rica... (Por el perro.) Y este *samacuco* se ha *dormío* con el sonsonete... ¡Domingo!... ¡Domingo!...

DOM. (Por el foro.) Mi ama...

CHUN. Llévate este *samacuco*, que se ha quedado como un *chongo*. (Domingo se lleva el perro en brazos.) Anda, *acuestaló*...

ROQUE (Dirigiéndose al fondista.) Oiga usted: como esta noche salgo para Palma de Mallorca, no deje usted de enviarme toda la correspondencia a la lista de Correos. Ya sabe

usted: Roque Villalón, inspector general de la Compañía de seguros «La Alianza».

FOND. Descuide usted; ya he tomado nota.

(Roque sale por la segunda izquierda.)

ESCENA II

El GENERAL y DOÑA VICTORIA

GEN. (Por el foro, dando el brazo a doña Victoria.) ¿Quieres que tomemos un *vermú,* mujercita?

VIC. No hay necesidad; y sabes que siempre tengo buen apetito.

GEN. Y yo. Desde que me he casado soy otro. Antes, con una ensalada me quedaba satisfecho. En cambio, ahora, jamón por la mañana, jamón por la tarde y jamón por la noche. Me he convencido: el régimen vegetariano no es para los casados.

(Se sientan.)

VIC. ¿Sabes que estoy cansada, chatín mío?

GEN. Pues tú no eres de las flojas.

VIC. Es que hemos recorrido toda Barcelona. ¡Qué hermosa ciudad!

GEN. Alegre, limpia, florida... La única para pasar nuestra luna de miel.

VIC. ¡Ay, nuestra luna!... .

GEN. De rica miel.

VIC. (Aparte.) La quinta, y la más sabrosa.

GEN. Mañana iremos a Seo de Urgel; quiero que veas el lugar donde recibí el bautismo de fuego. ¡Qué carga di con mi sección!

VIC. Precisamente en Seo de Urgel, y combatiendo contra los carlistas, perdió la vida mi primer marido.

GEN. Unos caen y otros suben; es la ley de la guerra. Perdiste un capitán y has ganado un general. Es la ley de las compensaciones... Empezaste siendo una buena señora de tu casa y has llegado a ser una excelentísima señora.

VIC. ¡He llegado a la cúspide!

GEN. ¡Mimosilla!

VIC. ¡Zalamero!

GEN. Volveremos a Madrid el lunes; ¿te parece bien?

VIC. Estoy violenta por las niñas; ya ves, se han quedado solas con las criadas.

GEN. No era cosa de traerlas. Son mayorcitas y no convenía que vieran nuestro idilio.

VIC. Es verdad... Las pobrecillas estarán aburridas.

GEN. Ahora se entretienen con los preparativos del veraneo.

VIC. En Tomillares se expansionan.

GEN. Este verano ocuparemos el lindo hotel de don Pío; el que habitaron el difunto don Juan Paniagua y su casquivana esposa.

VIC. ¡Qué fin tuvo el pobre Paniagua!

GEN. Se murió de miedo. No tuvo valor para afrontar el desafío y en su huída halló una muerte vulgar. Era un desdichado.

VIC. Pues Matilde no dejaba de quererle. Cuando recibió el telegrama con la fatal noticia de la muerte de su marido, yo la vi llorar.

GEN. ¡Lágrimas de alegría!... A estas horas puede que esté divirtiéndose con el famoso amiguito. El brazo. Vamos al comedor.

VIC. (Cogiéndose del brazo.) ¡Qué dulce apoyo el brazo de un marido! (Salen izquierda.)

ESCENA III

MATILDE, ENRIQUE y un MOZO con maletas; entran por la derecha

ENR. (Al Mozo.) Deja ahí las maletas... Ya sabes, el equipaje hay que llevarlo al muelle.

MOZO Muy bien, señor. ¿Los señores embarcan para América?

ENR. Sí, para la Argentina, en el *Ciudad Condal.*

MOZO Muy bien, señor. (Sale derecha.)

MAT. (Sentada en una mecedora.) Ya tengo deseos de verme lejos de España.

ENR. ¡Te ha ido tan mal aquí! En América, a mi lado, te será amable la vida.

MAT. Siempre estuvieron en América mis amores.

ENR. Porque yo vivía en ella.

MAT. Es verdad... Sólo por eso.

ENR. Pese a tu casamiento, el amor que desperté en tu pecho fué el único que vivió en ti.

MAT. De él no me quedó, con tu ausencia, sino el recuerdo, un recuerdo dulce, como todos los recuerdos que han sido esperanzas.

ENR. No vuelvas la mirada y el corazón al pasado. Sólo recuerdan los tristes y los viejos...

MAT. ¡Enrique!

ENR. ¡Mi dulce mujercita! ¡Cuánto te quiero! ¿Eres feliz a mi lado?

MAT. Mucho. A veces me pregunto: pero ¿es posible, pero estamos casados Enrique y yo?

ENR. Pues sí; estamos casados; hace tres días y a los nueve meses justos de muerto Paniagua.

MAT. No hables de eso.

ENR. Tienes razón; no hablemos de la muerte ahora que la vida nos sonríe.

MAT Ahora que tiene la vida el encanto de nuestro amor.

ESCENA IV

DICHOS y el FONDISTA. Luego un CAMARERO

FOND. (Por el jardín.) ¿Los señores vienen a hospedarse en la fonda?

ENR. Sí. Aquí tiene usted mi tarjeta.

FOND. ¿Son matrimonio?

ENR. Claro, que matrimonio. Necesitamos un gabinete con alcoba.

FOND. Muy bien. (Coge una llave.)

ENR. Yo voy a la casa consignataria de vapores para sacar los equipajes. Sube tú al cuarto; vuelvo en seguida.

FOND. (A un Camarero que acude al llamamiento del timbre que hace sonar el Fondista.) Acompaña a esta señora al 98. (Le da la llave. Un Camarero carga con las maletas.)

ENR. Hasta luego.

MAT. No tardes.

(Sale Enrique por la derecha y Matilde y un Camarero por la escalera.)

ESCENA V

CHUNGA, el FONDISTA y DOMINGO

CHUN. (Entrando por la izquierda primer término, seguida de Domingo.) ¡Esto no es *comé!*... El *cosinero* es un *sanguango*... Siempre las mismas comidas, que me son indigestas... Voy a morir de

un asiento. . (Dando con el abanico sobre el libro en que escribe el Fondista.) ¿Lo oye usted, *señó?*... De un asiento.

FOND. Señora... Tomaré nota de su queja. (Escribiendo.) «La señora del 13, su criado y su perro, no encuentran buenas las comidas.»

CHUN. Ya he dicho muchas *veses* que pongan alimentos cubanos. Pero no me atienden. No ponen agiaco, ni mango, ni piña, ni aguacate, ni plátanos fritos... ¿Y qué va una a *comé?*... ¡Domingo!... ¡Que me den un refresco de guanábano, en seguida!

FOND. ¿Guanábano?

CHUN. ¿Es que no lo hay?

FOND. Si no lo hay se hace en un momento.

CHUN. ¡A ver, Domingo, anímate! ¿Qué *hases* ahí *parao?* ¡Muévete!

DOM. Voy, mi ama.

CHUN. Vamos, vivito...

(Domingo sale muy despacio por la segunda izquierda.)

FOND. (Aparte.) El pobre se está muriendo.

CHUN. ¿Qué *desía* usted, *señó?*

FOND. Que tiene usted un criado que es una pólvora.

CHUN. También tiene la mandanga.

FOND. Ya se le conoce. Con su permiso, voy a continuar.

CHUN. ¡Valiente *cosinero* más gandul!... Voy a buscar el guanábano.

FOND. (Aparte.) Pues no hay que darle poca guayaba a esta señora.

(Chunga sale por segunda izquierda.)

ESCENA VI

SOTERO y el FONDISTA

Sotero entra por la derecha con una maleta en cada mano

SOT. (Dando un suspiro muy largo.) ¡Ay, Barcelona!... Desde que abandoné aquel presidio de Tomillares, en todas partes respiro un agradabilísimo ambiente de libertad... (Deja caer a un tiempo las dos maletas delante de la mesa del Fondista.)

FOND. ¡Caballero!

SOT. Tranquilícese y tome asiento de mi persona. Deseo la habitación más alegre, más amplia y más libre.

FOND. Tiene usted libre el 99, cerca del mirador que da a la Rambla.

SOT. Hecho. ¡Que se respire! ¡Que pueda darme cuenta de que soy libre como las aves!

FOND. ¿Su nombre de usted, tiene la bondad?

SOT. Sotero C. Porras.

FOND. (Escribe.) Esta C, ¿corresponde a su primer apellido?

SOT. Exacto.

FOND. Lo digo porque tenemos obligación de inscribir el nombre y los dos apellidos. Esta C me la echarían abajo.

SOT. ¡Carape!

FOND. (Escribiendo.) Cara...

SOT. Ponga usted Sotero Casado y Porras.

FOND. ¿Estado?

SOT. Soltero... Completamente soltero.

FOND. ¿Profesión?

SOT. Soltero también.

FOND. ¿Cómo?

SOT. Rentista.

FOND. (Haciendo sonar un timbre.) Bien. Tiene usted un cuarto que es una monada. (A un Camarero que entra por la izquierda.) El equipaje de este señor, al 99.

(Sale el Camarero. Sotero se sienta en una mecedora.)

ESCENA VII

DICHOS y CHUNGA

CHUN. (Por la izquierda, con una copa.) ¡Esto no es guanábano!.. Pruébelo usted... (Al Fondista, que después de probarlo se queda haciendo visajes.) ¡Esto no es guanábano!

FOND. (Aparte.) ¿Qué le habrá dado el repostero a esta señora?

CHUN. (A Sotero.) Caballero, hágame el *javó* de probar esto y dígame si es guanábano.

SOT. Señora, de bebidas entiendo muy poco.

CHUN. Pruébelo usted, pruébelo usted... (Sotero toma un sorbo y lo escupe en seguida haciendo gestos.) ¿Es esto guanábano?

SOT. ¡Esto es una guarrada!

CHUN. (Dejando la copa encima de la mesa del Fondista.) Esto se lo bebe usted.

FOND. (En seguida.) (Sale por la izquierda llevándose la copa.)

CHUN. ¡Qué disgustos me estoy llevando!... Usted dispense, caballero, que me haya permitido...

SOT. Señora, no hay de qué. Los compañeros de fonda debemos estar unidos para protestar de los abusos.

CHUN. Eso digo yo. (Pausa.) ¿Viene usted de *allá?*

SOT. ¿De dónde?

CHUN. De allá... De América.

SOT. ¡Ah, no, señora!

CHUN. Yo soy del otro mundo.

SOT. ¡Hombre, qué casualidad; puede decirse que yo también soy del otro mundo!

CHUN. Yo soy de Cuba. He venido a España para ver si me curo la mandanga.

SOT. (¿De dónde habrá salido este coco?)

CHUN. ¿Es usted español?

SOT. Nacido en Sevilla, la tierra más alegre del mundo.

CHUN. Los *andaluses* me encantan.

SOT. ¡Vaya por Dios! Pero a mí no se me conoce que soy andaluz.

CHUN. El cante flamenco es mi *debilidá*, es *presioso*; las soleares, las malagueñas, las peteneras...

SOT. ¡Y las guajiras!

CHUN. *¡Picaronaso!* Eso lo *dise* usted por mí, que soy guajira.

SOT. ¡No! ¡Eso no! Ni por usted, ni por nadie.

CHUN. No disimule. Usted también es muy simpático. Tiene usted cara de chongo.

SOT. (¡Pues no me faltaba más que este loro!)

CHUN. Voy a sentarme. Esta mandanga no me deja *viví*. (Se sienta en una mecedora.)

SOT. Yo, con su permiso, voy a mudarme de ropa.

CHUN. Descanse usted. ¿Ha llegado usted en el tren de esta tarde?

SOT. Sí; vengo a Barcelona a distraerme, de simple turista.

CHUN. Igual que yo. Abandoné mi tierra y mis ingenios, cogí a *Maseo*, mi perrito, y a Domingo, mi negro, y me dije: A ver mundo, a ver si puedo curarme.

SOT. Bien hecho.

CHUN. Pero no me distraigo. (Suspirando.) ¡Y todo por estar así, tan sola, tan soltera!

SOT. No lo crea usted. Es como mejor se está.

CHUN. ¿Usted también es soltero?

SOT. ¡Completamente!

CHUN. No lo creo.

SOT. Ni yo tampoco lo creo a veces.

CHUN. Es usted muy esbelto. Las mujeres se chiflarán por usted.

SOT. (Esta *mandanga* me va a dar un disgusto.)

CHUN. Yo necesito casarme.

SOT. ¡Pues yo no!

CHUN. Yo necesito un hombre que vele por mí.

SOT. ¿Otra?... Le advierto que he bajado el alquila.

CHUN. Si usted viese mi tierra... Es un paraíso... A usted le sentaría muy bien aquello...

SOT. Demasiado calor. A mí el calor me mata.

CHUN. Tengo quinientos negros que le abanicarían a usted.

SOT. Los negros me asustan.

CHUN. (Suspirando.) ¡Ay, un español es mi ideal!

SOT. ¡Atiza!

CHUN. Allá juntitos, en mi cañaveral, qué *felises* seríamos.

SOT. (Esta ha decidido pescarme.)

CHUN. Comeríamos caña *dulse* y sabrosa.

SOT. (¡Me quiere pescar con caña!) Vaya, con su permiso, voy a tomar un poco el fresco... Estoy mareado del viaje.

CHUN. Le acompañaré. Pasearemos por el jardín. Le enseñaré a usted al *samacuco* de mi perrito. (Levantándose.) Lléveme del *braso*... Cuanto más le miro más advierto que tiene usted tipo de chongo...

SOT. (¡De qué buena gana la ahogaba!)

CHUN. (Haciendo mutis, muy despacio, con Sotero.) ¡Allí sí que bebería usted buen guanábano, cosa rica, cosa buena, ¿sabe?... Y Chunga le mimaría a usted.

SOT. ¿Y quién es esa Chunga?

CHUN. Chunga soy yo, caballero... (Salen foro.)

ESCENA VIII

MATILDE y el FONDISTA. Luego ENRIQUE, después SOTERO y CHUNGA

MAT. (Por la izquierda.) ¿Sabe usted si ha vuelto mi marido?

FOND. ¿Su esposo de usted es el 99?

MAT. ¿Qué dice usted?

FOND. ¿Un vejete muy barbián, con el sombrerito inclinado y los andares jacarandosos?

MAT. No, señor; afortunadamente no es ese, no es el 99.

ENR. (Entrando por la derecha.) ¿Me esperabas? (Da grandes muestras de impaciencia.)

MAT. Ya estaba un poco asustada. ¿Has sacado los pasajes?

ENR. (Muy nervioso.) Sí, ya está todo. El buque llega esta noche; mañana a estas horas embarcaremos.

MAT. ¿Qué te pasa? Estás nervioso.

ENR. ¿Que qué me pasa?

MAT. Te encuentro soliviantado.

(El Fondista sale.)

ENR. Mucho... Muy soliviantado.. ¡Es horrible, horrible!

MAT. ¿Pero el qué es horrible?

ENR. Tu marido...

MAT. ¿Qué dices?... Mi marido eres tú.

ENR. El otro... ¡Le he visto!..

MAT. ¿Pero estás loco, Enrique?

ENR. Sí... digo, no... Al salir de aquí iba yo por la Rambla, cuando ví pasar en un coche a tu marido, al otro, a Paniagua...

MAT. Pero eso ¿es posible?

ENR. No, si ya sé que no es posible, pero le he visto; es decir, me ha parecido verle... una alucinación... ¡acaso el remordimiento!

MAT. Tranquilízate, Enrique, tranquilízate.

ENR. Ya he procurado tranquilizarme, sobreponerme; pero no puedo... me parece que le veo en todas partes... Esto es el remordimiento, Matilde...

MAT. ¡Por Dios, Enrique, desecha esos temores!

ENR. No puedo... Todos los que pasaban a mi lado me parecían él...

(Hacen mutis por la escalera.)

ESCENA IX

DOÑA VICTORIA, el GENERAL. Luego SOTERO

GEN. (Por la izquierda, dando el brazo a doña Victoria.) ¿Has comido bien, pichoncita?

VICT. Estoy un poco desganada. Las emociones de estos días.

GEN. Yo, en cambio, tengo el apetito de un tigre. Cosa rara. ¡Las verduras me revientan!

VICT. ¿Reposamos aquí la comida?

GEN. Sí, siéntate; daremos un vistazo a los periódicos de Madrid.

(Se sientan cada uno en una butaca a derecha e izquierda de la mesa que hay en el centro y de espaldas al foro y leen.)

SOT. (Por el jardín.) ¡Esa mujer me ha tomado a *chunga*. Aprovecharé que se ha quedado adormilada debajo de un castaño de indias para leer el fondo de *El Imparcial*. (Se sienta detrás de la mesa del centro, dando frente al público y lee un periódico. El General y doña Victoria, al volver la hoja del periódico que leen, reparan en Sotero. Quedan perplejos... Asombrados y sin querer dar crédito a lo que ven se van levantando poco a poco. Ya de pie, reconocen los dos a Sotero y se les cae el periódico de las manos. Sotero ve al General y a doña Victoria y trata de ocultar la cara con el periódico que está leyendo. El General y doña Victoria, muy asustados, temblorosos, se cogen de la mano y con grandes precauciones y sin perder de vista a Sotero, salen por segunda izquierda.)

ESCENA X

SOTERO y CHUNGA. Luego DOMINGO

CHUN. (Por el jardín.) Me ha dejado sola ese guachindango... Ah, si está aquí... *Parese* que está dormido... ¡Qué tipo más seductor! ¡Caballero!... Le voy a *sarandeá* a *vé* si despierta... (Moviéndole cómicamente.) ¡Este pelele se ha puesto malo!... ¡Domingo!... ¡Domingo!... ¿Qué tendré yo en la cara que todos se me *desvanesen?*...

DOM. (Por el jardín.) Mi ama ..

CHUN. Dale aire... (Indicando a Sotero. Domingo se pone cerca de Sotero y le abanica. Sotero abre los ojos y se encuentra con la cara del negro.)

SOT. ¡Caramba, hombre! No gana uno para sustos...

CHUN. ¿Se le ha pasado el mareo?

SOT. Sí; pero me parece que me va a volver a dar. (Esta señora marea al lucero del alba.)

CHUN. ¿Quiere usted un refresco, un poco de aguacate?

SOT. ¡No, porquerías, no!

CHUN. ¿Se le ha ido a usted la cabeza?

SOT. Ha estado a punto de irseme todo el cuerpo. (¡El General y doña Victoria en esta fonda! Necesito salir de aquí en seguida.)

CHUN. Perdóneme que le haya causado tanto mal.

SOT. Señora, usted no molesta nunca.

CHUN. Pero yo también le amo, caballero.

SOT. ¿Cómo? (A gritos.) ¡A ver, la cuenta, el equipaje!

CHUN. Usted me dará el remedio para la mandanga.

SOT. (Imitando la voz de Chunga.) (¡Dos estacazos te daría yo con mucho gusto!)

ESCENA XI

DICHOS, ROQUE por la izquierda, y el FONDISTA

SOT. Vaya, voy a mudarme de ropa. (Aparte.) Y de fonda... (Al dar media vuelta para salir se encuentra frente a frente con Roque y hace mutis corriendo por la escalera)

CHUN. ¡Domingo!... ¡Domingo!... ¡Corre, sígueme a ese hombre!... ¡Vigílamelo!... Huye de mi lado...

(Sale Domingo por la escalera detrás de Sotero.)

ROQUE (Al Fondista.) A ver, hágame el favor... Mire cómo se llama ese caballero que hablaba con la señora cubana.

FOND. (Mirando en un libro.) El 99... Sotero C. Porras.

ROQUE ¿Está usted seguro?

FOND. El mismo me dijo su nombre.

ROQUE ¡Si parece mentira!... Ese señor no se llama

así... Ese señor es don Juan Paniagua... No me cabe duda...

FOND. (Volviendo a consultar el libro.) Sotero C. Porras.

ROQUE No, señor, Paniagua.

FOND. Porras.

ROQUE ¡Qué porras ni qué narices! (Saliendo por la izquierda, primer término.) ¡Estoy seguro: es Juan Paniagua!

ESCENA XII

MATILDE y el FONDISTA

MAT. (Por la escalera.) Caballero, caballero, hágame usted el favor de ver el libro de inscripciones a ver si está Sotero Casado Porras.

FOND. Ah, sí, el 99; acaba de llegar, pero resulta que no se llama así: se llama Juan Paniagua.

MAT. ¡Dios mío, está aquí!... ¡No me he engañado! Envíenos usted la cuenta; nos vamos de aquí; en seguida, ¿lo oye usted?, en seguida...

FOND. Pero oiga usted, señora...

MAT. ¡La cuenta!... No podemos permanecer aquí ni un minuto... ¡Ni un minuto!... (Sube precipitadamente.)

FOND. Señora... señora... Huye de él como del diablo. Sin duda es un criminal terrible...

ESCENA XIII

FONDISTA, SOTERO y DOMINGO

SOT. (Entra por la primera izquierda, con grandes precauciones, seguido de Domingo.) ¡Buena la he hecho con este viajecito de recreo!... Y es que el que se casa una vez, aunque sea de mentirijillas, pierde la tranquilidad para siempre... (Al volver la cabeza ve al negro que está detrás de él.) Este mono es mi sombra negra...

FOND. (Que ha estado observando a Sotero.) Realmente tiene cara de apache!

SOT. (Al fondista.) Oiga usted... Oiga usted, ¡joven,

tenga la bondad de extenderme la cuenta, porque me voy en seguida.

FOND. Usted... usted no puede irse.

SOT. ¿Como que no puedo irme?

FOND. No, señor. Usted no sale de aquí hasta que vengan a buscarle.

SOT. Pero si no espero a nadie.

FOND. No importa. Usted no puede salir.

SOT. Pero, ¿por qué?

FOND. Porque... porque es usted sospechoso.

SOT. ¿Sospechoso yo? ¡Insolente!

FOND. ¡Váyase usted a su cuarto!

SOT. Sí, señor, voy a mi cuarto a recoger el equipaje. ¿Sospechoso?... ¡Yo sospechoso!... ¡Hasta ahí podíamos llegar!... ¡Sospechoso!... Ahora comprendo por qué me han puesto esta guardia negra. (Sube seguido de Domingo.)

FOND. (Llamando al teléfono.) Es un hombre peligroso. Conviene que se lo lleven cuanto antes. (Suena el timbre del teléfono.) Central... Central... Con la inspección de policía... ¿Cómo?... ¿Que están comunicando?... Pues cuando terminen... Se trata de un caso urgente.

ESCENA ULTIMA

FONDISTA, ENRIQUE, MATILDE, DOÑA VICTORIA, el GENERAL, SOTERO, CHUNGA, DOMINGO y ROQUE

ENR. (Trémulo, aterrado, por la escalera.) ¡Un cadáver!... ¡Un cadáver!

FOND. ¿Un cadáver?... ¿Dónde?

ENR. ¡Ha entrado en mi habitación!

FOND. ¿Qué dice usted? ¡Un crimen!

VICT. (Por la escalera precipitadamente.) ¡Ay, qué susto!... ¡Ay!... Me pongo mala...

GEN. (Por la escalera.) ¡Esto es inaguantable!... ¡Esto no se puede sufrir!...

MAT. (También bajando con precipitación.) ¡Enrique!... ¡Enrique!...

SOT. (Apareciendo en lo alto de la escalera y sin saber por donde huir.) ¡Buena la he armado con equivocarme de habitación!

(Todos se aterran al ver a Sotero y forman un grupo a la derecha.)

ENR. ¡El!

MAT. ¡Dios mío!

VICT. ¡Va a darme algo!

GEN. ¡Victoria, sobreponte! (Cuadro.)

SOT. Aquí hay que salir por piés...

FOND. (Cogiendo por el cuello a Sotero.) ¡Este es el criminal!

ROQUE (Entrando por la primera izquierda.) ¡Paniagua, Paniagua!... ¿Qué has hecho?

SOT. ¡Hombre, déjeme usted en paz!

FOND. ¿Y el cadáver?. . ¿Dónde está el cadáver?

ENR. (Por Sotero.) ¡El cadáver es ese!

FOND. ¿Dónde está la víctima?

SOT. Aquí. La víctima soy yo.

(Chunga y Domingo entran por el foro.)

GEN. ¡Basta de líos!... Suelte usted a ese hombre.

TODOS ¡¡No!!

GEN. ¡Suelte usted a ese hombre! (Cogiendo de una mano a Matilde y llevándola hasta Sotero.) ¡Ahí tiene usted a su mujer!... ¡Es usted un miserable!

CHUN. ¡Su *mujé*! Era casado el muy pendejo!... (Dejándose caer en una butaca.) ¡Domingo!... ¡Dame aire!

ENR. ¡No, su mujer no!... La mía.

GEN. ¡Su mujer, he dicho!

SOT. Pues ha dicho usted una tontería.

VICT. Pero, ¿usted no se había muerto?

SOT. No estoy seguro; pero creo que no.

GEN. (A Matilde.) Y usted, ¿cómo se ha casado con el señor, (Por Enrique.) viviendo su marido de usted?

MAT. ¡Pero si no ha sido nunca mi marido!

GEN. (A Sotero.) Entonces, ¿qué era usted?

SOT. Una especie de espanta pájaros.

MAT. Mi marido, mi verdadero marido, don Juan Paniagua, murió antes de conocerme ustedes.

ENR. Entonces, este hombre..,

MAT. Tranquilízate, Enrique. Este hombre es un infeliz

SOT. (Al Fondista.) ¿Lo oye usted?... ¡Un infeliz!

GEN. ¿De manera, que se me ha tomado el pelo? Me dará usted explicaciones..

SOT. Todas las que usted quiera; pero le advierto que no me bato.

ROQUE De modo que tú... digo usted... no es Paniagua... es decir que tú... es .. usted... y...

SOT. Cállese usted, porque nos va a volver locos a todos.

CHUN. ¿Lo oiste, Domingo?... El bandido es soltero... ¡Qué gusto!... (A Sotero.) Ya lo sabes, mi niño, mañana embarcaremos.

SOT. ¡Yo no me vuelvo a embarcar en la vida, señora Chunga!... A mí me podrán haber alquilado una vez, pero casarme no hay quien me case... (Chunga se desploma, desmayada, sobre una butaca. Sotero, a Domingo.) Domingo, dale aire!

(Telón rápido.).

FIN DE LA OBRA

Obras de los mismos autores

Los placeres de una siesta.

Bazar español.

La novia del torero.

El club de la alegría.

La alegre primavera.

El marido ideal.

Precio: DOS pesetas